

## HÁBITO NÚMERO QUINCE

### OBEDECIENDO CON EL CORAZÓN

“Si me amáis, guardad mis mandamientos.” Juan 14:15

En este capítulo nos ocuparemos de examinar un sencillo esquema referencial que nos sirva de barómetro para averiguar hasta qué punto estamos verdaderamente agradando a Dios. El decidir semejante cosa tiene que ver con una pregunta fundamental: “¿Estamos en verdad cumpliendo con lo que Dios espera de nosotros? Dios nos pone en antecedentes de Su voluntad a través de Su Palabra, nuestra propia conciencia, y la autoridad que ha establecido en el seno de Su Iglesia mediante Su Santo Espíritu. Y puede que también por otros medios más. En distintas situaciones, a lo largo de la jornada, nuestra actitud debería ser siempre de activa aquiescencia a la pregunta: “¿Estoy en este preciso momento verdaderamente haciendo lo que se supone que tendría que hacer?” Esta pregunta, tan sencilla en apariencia, viene en última instancia a poner de relieve el criterio que deberíamos seguir en el desarrollo de nuestra existencia. Si la respuesta es afirmativa, estaremos en el camino indicado para ver realizado al máximo nuestro potencial y poder entonces alcanzar la suprema recompensa en Cristo.

Puede que mi lector esté ya al tanto de esto y tan sólo necesite seguir adelante con lo que habitualmente haga, esforzándose en la medida de sus capacidades. Pero, si ese no es su caso, hará bien en tomar nota de que nunca llegará a alcanzar la cota máxima si no está firmemente convencido de que es ciertamente posible mostrar obediencia a Dios en todas y cada una de las áreas de nuestra existencia – siendo posible no sólo saber qué quiere Dios para nuestra vida sino también que es realmente podemos cumplir con ello. Si empezamos por pensar que algo es imposible, es evidente que no vamos a conseguirlo. Pero lo cierto es que sí es posible asumir el control de nuestra mente para rechazar esos pensamientos negativos que ofuscan nuestro entendimiento. Lo terrible del caso es que se puede elegir seguir ignorando, y desobedecer con ello. Pero no tendría por qué ser así. La auténtica verdad es que si se puede modificar el pensamiento también ha de poderse cambiar de forma de vivir. Si tú quieres, puedes; y si puedes, debes – cambiar de forma de vida en el Señor.

Son mayoría los creyentes conscientes de que la razón final del hombre es honrar y glorificar a Dios disfrutando de Su compañía por la eternidad. Pese a ello, en el presente capítulo nos interesa examinar nuestra capacidad de obediencia con el fin de averiguar qué pueda ser digno de esa recompensa. ¿A qué se debe esto? La auténtica obediencia supone creer a Dios y honrarle con nuestra adoración – creyendo y proclamando lo que es apropiado, porque ambas cosas le dan gloria a Él, pero sin por ello restringir nuestra actividad al corazón y la mente. La obediencia afecta también a nuestras acciones, que sirven para completar o contradecir lo que decimos creer y honrar. Con nuestro comportamiento, estaremos glorificando a Dios o deshonrándole. En una conducta regida por la obediencia, la creencia y la adoración a Dios se ponen de relieve de manera sublime – es algo hermoso de contemplar. Aun no siendo posible conocer el corazón y el pensamiento de una persona, sí se puede, en cambio, observar su comportamiento.

Muchas más personas van a ser influidas por nuestra adoración en la práctica que por la teoría de nuestras creencias. Si tenemos una fe íntegra, nuestros pensamientos, nuestras palabras, y nuestra conducta quedarán igualmente integrados – nuestras creencias serán consecuentes. Ese hábito sirve para pasar de la adoración a la acción (en obediencia), en fiel correspondencia con nuestra adoración de mente (según lo que creemos) y con lo que proclamemos (mediante la adoración y honra a Dios). Quiera Dios tener a bien grabar en nuestros corazones e insuflar en nuestro espíritu esta profunda y sublime verdad de la importancia sin parangón de la auténtica obediencia. No habrá otro criterio superior a éste cuando llegue el momento de recibir la divina recompensa.

Este capítulo no va a centrarse en ninguna área concreta de comportamiento, ni tampoco va a imponer unas normas fijas de obediencia. En cambio, nos ocuparemos del tema de la obediencia intencionada en sus posibles aplicaciones concretas. El Espíritu Santo, la Palabra de Dios, la propia conciencia, y una voluntad superior se aunarán para hacerte evidente cuál sea el camino más indicado en cada caso. Lo esencial será mantener esa posibilidad abierta para poder aplicar el principio de la obediencia – genuina adoración práctica – a toda posible situación que se presente. El Señor estará obrando allí donde más lo necesites. No descuides por tu parte la aplicación de Sus enseñanzas.

## EL CONFIADO OPTIMISMO DE DIOS

En el mejor de los mundos posibles, la Persona de la Trinidad tuvo a bien contar con millones y millones de semejantes que pudieran relacionarse con Él en amorosa comunión y en plena potenciación de sus más excelsas capacidades afectivas e intelectivas. Dios tuvo la visión de la raza de Adán con una capacidad semejante a la Suya, suficiente para mantener una relación en la que tuvieran cabida la libre elección y el dominio propio en estimulante contrapartida. La creación de una raza de esas características entrañaba el riesgo de que no verse correspondido en ese amor. Aun así, la esperanza de recibir el amor de siquiera una de esas criaturas fue razón suficiente para decidir correr ese riesgo.

Dios es muy confiado. Eso es fácil de entender habida cuenta su infinita capacidad de amar en sabiduría, conocimiento, potencia, y comprensión como para merecer ser correspondido por nuestra parte. Dios ha tenido a bien concedernos unas libertades que le hacen vulnerable en función de nuestras decisiones. Esa buena disposición Suya tiene su fundamento en Sus propias cualidades, en su excelente capacidad de gestión, y en la confianza en Sí mismo que se deriva de ello. Dios está tan seguro de Sí mismo que puede afrontar el riesgo de crear una raza humana dotada de libre voluntad, situándola en un entorno que permita tomar decisiones auténticas. Dios no se conformó con réplicas que le rindieran honra y gloria de forma mecánica o por coerción. Sin auténticos sentimientos y una genuina capacidad para elegir, amar, y admirar, esa relación sería una impostura. Y, ciertamente, un mundo así no habría sido la opción más acertada.

Por estar dispuesto a mostrarse vulnerable, Dios creó un entorno en el que poder experimentar a un tiempo el gozo de sentirse amado y el dolor de verse rechazado; la alegría de la obediencia, y la tristeza de la rebeldía; el placer de ser adorado por propia voluntad y el intenso pesar de la más absoluta indiferencia. Dios verdaderamente experimenta todas esas emociones en Su relación con nosotros. Él es lo mejor del universo. Cuando, para perjuicio nuestro, hacemos caso omiso de Su persona, Él es el primero en sufrir por ello, lamentando una oportunidad perdida de la que nosotros no somos siquiera conscientes.

Cuando reacciona ante nuestro comportamiento, no lo hace de forma fría y calculadora, como si se tratara de un mero espectador de una tragedia humana que viene de la eternidad pasada y camina inexorable hacia la eternidad futura. A Dios no le aburren nuestros pequeños o grandes problemas. El frágil ser humano se ve abocado a tomar decisiones, y las consecuencias no son el resultado inamovible de un guión escrito de antemano sin posibilidad alguna de cambio. Si así fuera, Dios no estaría ni podría mostrarse personalmente interesado por saber ya de antemano lo que iba a pasar. En cambio, el Dios que se nos revela en las Escrituras, y que experimentamos en nuestra vivencia personal, se involucra emocionalmente y es el primero en desear ardientemente que tomemos las decisiones más sabias. Él es feliz cuando nosotros lo somos; y lo lamenta cuando no es así. La obediencia como pauta básica en nuestro comportamiento es el criterio que marca la diferencia al evaluar los resultados. La obediencia voluntaria es lo único que puede satisfacer a Dios, siendo la rebeldía humana el opuesto contrario.

Para entender el sentido profundo de esta verdad es necesario considerar la soberanía Divina. Esa soberanía, pese a lo que podamos creer, nada tiene que ver con el control absoluto de la voluntad humana. De hecho, Dios mismo ha delegado parte de ese control en el ser humano en forma de decisiones libres. Y ahí es donde radica el peligro – en el alto precio que Dios estuvo dispuesto a pagar para poder tener una auténtica relación personal con sus criaturas. La soberanía de Dios nada tiene que ver, pues, con un determinismo. Así es como Dios nos ha querido: libres y con capacidad para tomar nuestras propias decisiones. Y aun cuando acostumbremos a decir que Dios está en control de todo, lo cierto es que eso no es así de modo absoluto. Dios está en control de aquello que él juzga oportuno controlar. Él ha decidido precisamente no estar en control de todo para que la persona se mueva en un ámbito en el que la posibilidad de elección sea una realidad. En nuestras manos está el control de algunas cosas – en forma de decisiones – y de eso sí somos responsables. Este mundo nuestro –el mejor de los posibles – creación personal de Dios, tiene en sí la capacidad de hacerle feliz allí donde nuestra obediencia sea un hecho.

## EL LIBRE ALBEDRÍO DE LA PERSONA

La capacidad que tiene el hombre de sopesar la evidencia, elegir su propio sistema de valores, decidir o no rendir culto a Dios, obedecer o rebelarse, y llevar al extremo su capacidad de decisión en el marco de una libertad de comportamiento supone un muy real y terrible peligro. El hombre es ciertamente responsable de las decisiones que tome, y así lo pone de relieve la escala de valoración de lo que sea digno de recompensa o castigo.

Las elecciones que hagamos serán reales. El marco en el que las hagamos será libre. Y las consecuencias, para bien o para mal, marcarán la diferencia. La responsabilidad de nuestras elecciones será nuestra por haber sido precisamente nosotros los gestores de las mismas. Hay responsabilidad porque hay libertad.

La integridad de carácter consiste en una estricta correspondencia – o integración – entre lo que pensamos, lo que decimos, y lo que hacemos. Si se comunica de antemano lo que se piensa, y se actúa con integridad, nuestros interlocutores podrán predecir con una cierta precisión cómo reaccionaremos en determinadas circunstancias. Dios es íntegro. Y además ha tenido a bien comunicarnos lo que piensa. La Biblia nos revela lo que Él espera de nosotros según lo que Él estima justo y bueno, en contrapartida de lo que Él ha decretado perjudicial o malo. Hay determinadas cosas que le enfurecen y le ponen triste. Dios está siempre atento para ver si obramos conforme a sus preceptos o si, por el contrario, elegimos seguir nuestros propios caminos apartándonos de Él. Las consecuencias, en uno y otro caso, serán de bendición, por haber elegido sabiamente, o de perdición, por haber querido ser nuestros propios dioses. Muchas son las bendiciones para aquellos que eligen acertadamente, y triste la suerte que aguarda a los que quieren ser independientes.

Dios se interesa en todo cuanto hacemos y actúa en consecuencia. Su intervención traerá bendición para quienes anden en Sus caminos, pero será de corrección para los que se extravíen. El maestro tejedor puede servirse de un fallo en el tejido para crear un nuevo, y hermoso, diseño. Dios es el Maestro Tejedor por excelencia. Así, se servirá por igual de cuanto de bueno y malo haya en nuestra conducta. Guiando, corrigiendo, instruyendo. Por habernos criado como seres libres, Dios nos concede un margen de capacidad para influir en el curso de los acontecimientos. Sin embargo, Él intervendrá, allí donde sea necesario, para llevar a cabo, pese a nuestros posibles errores, Su propósito soberano. Propósito que irá teniendo su cumplimiento aun en el proceso mismo de reacción personal ante las posibilidades de elección sobre las que Él ha tenido a bien no ejercer un control directo.

## LA VERDADERA OBEDIENCIA

¿Cuál ha sido el propósito de analizar el libre albedrío de la persona en el marco de la confianza que Dios deposita en nosotros? En su fondo, todo concepto de obediencia que no tenga en cuenta esas dos vertientes estará falto de profundidad. La obediencia supone dejar a un lado el propio gusto para avenirse a cumplir la voluntad del otro. En algunos casos, la obediencia resultará fácil por coincidencia de intereses o pareceres; en otros en cambio, puede que se nos haga cuesta arriba por no ver las cosas de la misma manera. Y esa dificultad es la que hace de la obediencia ocasión de corrección o de premio. Honramos a aquel ante el que cedemos, y la obediencia es una forma concreta de honrar a Dios. Si conseguimos mantener este hábito constante, las cuestiones secundarias se resolverán por sí solas.

Todos y cada uno de nosotros tenemos que decidir en un momento u otro si vamos a servir a Dios o a nosotros mismos. La suprema paradoja es que si nos servimos a

nosotros mismos no estaremos potenciando al máximo nuestras capacidades. Dios no recibirá entonces la honra que le corresponde y nosotros seremos los principales perjudicados. Sin embargo, al optar por lo más adecuado – en sujeción y obediencia – rendiremos al máximo de nuestra capacidad – como creyentes que dan lo mejor de sí mismos. Cuando unas criaturas con auténtico poder de elección se someten libremente a la voluntad de un Dios que asumió el riesgo de nuestra posible rebeldía vendrán a ver realizadas al máximo su propia capacidad. Al servir a Dios todos salimos ganando. En eso consiste el auténtico triunfo, y la más hermosa realización.

¿En qué consiste la aplicación práctica de esas ideas? Consideremos por un momento el caso de la división entre clero y laicado. La gente ve al clero como los consagrados en cuerpo y alma a obedecer a Dios, mientras que el laicado no tendría la misma dedicación. Pero lo cierto es que nos equivocamos al pensar así. Un obrero del Señor no va a ser más obediente y esforzado que el creyente de a pie por el mero hecho de cobrar por ello. Como es lógico, hay otros criterios por los que evaluar la entrega y la dedicación. La obediencia a Dios sería precisamente uno de esos criterios. Siempre será mejor estar fuera del “ministerio”, pero en la voluntad de Dios – en sumisa obediencia – que dentro de la “obra”, pero alejado de esa voluntad suprema. En algún momento determinado de nuestra vida, tendríamos que poder decir que verdaderamente sabemos dónde nos encontramos y por qué estamos precisamente ahí. Ninguna otra posible cosa será tan importante.

Yo tengo en gran estima mi propio llamamiento como misionero. De hecho, tuve una crisis de identidad cuando al regresar de Corea se nos presentaba como antiguos misioneros. Aun después de iniciar un trabajo pionero en una iglesia perteneciente a nuestra denominación, no conseguía hacerme por completo a la idea de no ser ya nada más que un pastor y un estudioso de todo lo relacionado con la fe. Pero lo cierto es que sufrí igualmente cuando dejé el pastorado para marchar a la China en calidad de profesor de lengua inglesa, ¡y pasar a ser yo también alumno y estudiante de la lengua y la cultura de ese milenarismo país! ¿Cuál era, pues, mi problema? ¿Estaba, quizás, reaccionando movido por un espíritu elitista que me llevaba a tener en menos la tarea de mero pastor? Lo cierto es que yo había obrado en total obediencia en cada uno de esos cambios; aun así, me suponían un gran problema. Hasta el punto de provocar en mí una auténtica crisis vocacional. ¿Por qué razón? Creo sinceramente que la respuesta está en que todavía me cuesta aceptar que ahora preparo a otros para un ministerio misionero en el que yo aún desearía seguir. Cierto que no debería ser así. Pero igualmente cierto que somos muchos los que nos sentimos de ese modo llegado el momento de abandonar la primera línea de batalla para pasar a la retaguardia. Muchos de los que se jubilan de su profesión para dedicarse ya tan sólo a la familia sienten algo muy similar. Ahora bien, ¿es posible aprender a confiar en la aprobación de Dios, por la decisión tomada en obediencia, aun en aquellos casos en los que no contamos con la aprobación de los que nos rodean, haciendo que nos sintamos por ello incomprendidos o poco valorados?

Todos sabemos de creyentes de “a pie” que son fervientes, celosos, humildes, sinceros, esforzados y dedicados hombres de fe, oración y testimonio, en constante obediencia a su Señor. Mientras que, muy lamentablemente, son también muchos los ministros o pastores “consagrados” que evidencian un orgullo que no es sino consecuencia de un

egocentrismo rebelde e insensible, pareciendo que actúan movidos tan sólo por el prestigio vocacional. Personalmente, tendrá que incluirme, en parte, en este segundo grupo. El auténtico éxito en la vida se mide por el grado de genuina entrega al Señor. La obediencia es la clave para entender la ecuación propuesta en el Capítulo 7 (Aprende a saber lo que eres y lo que no eres) – Éxito= (T+O+L):M. Esta ecuación sirve para poner de relieve hasta qué punto estamos actuando en obediencia, midiendo la diferencia entre lo que hayamos conseguido en verdad y lo que podríamos haber llegado a conseguir. Y esto no tiene ciertamente nada que ver con la vocación. Ahí se tratará tan sólo del sometimiento de nuestra voluntad a las necesidades de la situación.

## DISTINTOS GRADOS DE DISCIPLINA Y RECOMPENSA

La Biblia contiene numerosas referencias a premios y recompensas. De lo que se deduce que no todos recibiremos igual trato en el cielo. En 1 Corintios 3:12-15, se especifica lo que será digno de premio (mediante oro, plata, y piedras preciosas) y lo que no tendrá recompensa alguna (madera, heno y hojarasca). Nosotros no podemos saber ahora en qué modo va a medir Dios la calidad, cantidad, o valía de nuestro premio. Pero, sea como fuere, de lo que sí tenemos certeza es que Dios espera y quiere nuestra buena conducta estando, además, dispuesto a premiarla. Al obedecerle, ese plan suyo se actualiza. Y, dicho sea de paso, una vez en el cielo, nuestra perfección será ya un hecho consumado, con lo cual no habrá lugar para la envidia por los distintos premios que se concedan.

Las Escrituras nos informan de que hay distintos grados o categorías de pecado: "... el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene." (Juan 19:11). Y también:

"Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco; porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá." (Lucas 12:47,48)

Es evidente, pues, que a quien no reciba mucho, tampoco se le requerirá en exceso. Estos versículos referentes a la justicia Divina nos advierten que habrá distintos grados de castigo en el infierno. Dios es justo, y premiará o castigará según nuestra conducta y la magnitud de nuestro pecado. Eso nos pone sobre aviso de algo crucial: el modo en que nos comportemos tendrá su importancia. Y la justicia de Dios se ocupará en su momento de hacerlo patente.

Junto al malestar físico del infierno, el sufrimiento mental eterno irá en proporción al pecado que cada persona haya cometido. La memoria humana está dotada de un mecanismo de autocastigo. Así, al reflexionar nosotros sobre nuestra conducta, se activará un sufrimiento exactamente proporcionado a nuestros pecados: en función del conocimiento que tuviéramos, de las cosas que hiciéramos, de las oportunidades que tuviéramos de arrepentirnos y enmendar nuestro camino, de la magnitud de lo que hayamos dejado de hacer en proporción de lo que podríamos haber hecho, y del hecho mismo de estar en el infierno, comparándolo con el cielo perdido. Si las oportunidades

fueron pocas y nuestro conocimiento escaso, las cargas serán también menores. Si nuestra conducta tampoco fue tan mala como podría haber sido, eso también contará a favor nuestro. Pero, cuanto más numerosas hayan sido nuestras oportunidades y nuestro conocimiento de lo que debería haber sido hecho, mayor y más importante será nuestra responsabilidad. A mayor o más frecuente nuestra dedicación a lo malo, mayor será también nuestro sufrimiento mental. Por así decirlo, cuanto menos hayamos pecado, menor será nuestra conciencia de condenación; y a mayor grado de culpa, más fuerte será la percepción de la condena. Y dado que la conciencia de cada uno sufrirá en proporción a la propia situación, la angustia de saberse en el infierno variará según la persona.

Sin embargo, nuestra conducta no será lo que determine el que pasemos la eternidad en el cielo o en el infierno. Eso es algo que tiene que ver con que Dios perdone o no nuestros pecados, y eso dependerá, a su vez, de nuestra creencia en el Salvador, en confesión y arrepentimiento. La salvación es un don gratuito para cuantos confiesen su culpa y se arrepientan. Aquellos que, obstinándose en no arrepentirse, acaben en el infierno, el sufrimiento mental que experimenten se corresponderá con su comportamiento. Sin embargo, nuestros posibles logros no condicionarán nuestra aceptación en el cielo. Esa aceptación se basará en nuestra creencia en el Salvador, en nuestro arrepentimiento y en la confesión de nuestros pecados. Para aquellos que alcancen el cielo en virtud de su fe, la recompensa que reciban irá en proporción a sus hechos.

Existe un gran abismo de diferencia entre llegar al cielo “por los pelos” y estar “casi a punto” de alcanzarlo. Paradójicamente, será posible que personas con incluso mejor conducta que la nuestra acaben en el infierno por no haber querido admitir su culpa. Mientras que otras, en cambio, aun siendo merecedoras de condenación por sus pecados, gozarán del perdón eterno por haber admitido su propia incapacidad. En creer o no en el Salvador será lo que verdaderamente decida nuestro futuro en la eternidad. Y, sea en el cielo, para salvación, o en el infierno, para condenación, el premio o el castigo irá en relación a nuestra conducta. Pues, aun siendo la fe lo que nos aboque a uno u otro destino, será precisamente nuestra conducta lo que condicione la posición que tengamos. La fe en Dios y la confesión de culpa para salvación es ciertamente lo más importante, por ser, en definitiva, lo que decida nuestro destino eterno. Aun así, eso no significa que el comportamiento (nuestra obediencia) no sea de capital importancia. Ignoramos hasta qué punto el castigo o la recompensa afectarán a nuestras relaciones mutuas. Pero de lo que no cabe duda es de que habrá distintos grados. Mi ferviente deseo es que mi lector no esté tratando de encontrar el modo de huir de una condenación que será eterna, sino que, muy por el contrario, aspire a conseguir el supremo galardón del cielo. Personalmente, aun no pensando acabar en el infierno, estaría muy atento a mi comportamiento (según lo que Dios quiere para nosotros), aunque sólo fuera por no tener que soportar la terrible losa de la culpabilidad por toda la eternidad. Mi más ferviente deseo es, pues, que mi lector encuentre en este libro estímulo suficiente para un comportamiento en excelencia (sujeto en obediencia), y ello tanto por una satisfacción presente como por el acicate de una recompensa de dimensiones eternas.

Durante nuestra estancia en Asia, eran muchos los que querían saber qué iba a ocurrir con esos antepasados suyos que habían muerto sin conocer a Jesús. La Biblia nos informa de que aquellos que se pierden estando en pecado estarán eternamente alejados de Dios. ¿Cómo responder, entonces, a lo nativos de Asia, o de África, que buscan sinceramente conocer la verdad? Esta cuestión de los distintos grados de castigo permite precisamente ofrecer consuelo a los vivos en la certeza de que Dios nunca va a extralimitarse. Y esa seguridad afecta ciertamente a los que tuvieron en vida menos oportunidades, falta de conocimiento, y escaso pecado. Por las razones apuntadas líneas atrás, los que van a estar perdidos por toda la eternidad experimentarán el grado de remordimiento que su culpa merezca. Dios nunca va a ser nunca injusto; ni siquiera a la hora del castigo.

En su momento, todo el mundo recibirá un trato justo. Pero habrá quien, además, pueda acogerse a los beneficios de la gracia. El trato que se nos dispense irá en relación a nuestro grado de obediencia respecto a la información con que contáramos. Aquellos que se arrepientan de sus pecados, renuncien a seguir en sus caminos, y acepten el perdón gratuito, recibirán un trato que excederá a sus méritos. Eso no significará, sin embargo, que los condenados al infierno vayan a recibir peor trato del que merezcan. En la medida en que nuestros antepasados “obedecieran” en función del conocimiento que poseyeran (guiados por su conciencia y la información con la que contaran) el castigo nunca excederá la culpa.

## LOS DISTINTOS GRADOS DE OBEDIENCIA

No todo el mundo obedece con la misma espontaneidad, dedicación, o gozo. A la hora de juzgar la calidad de nuestra obediencia, tres son los puntos a tener en cuenta: la prontitud con que respondamos, la disposición en que lo hagamos, y la medida de nuestra entrega. Esos serán los tres parámetros básicos con los que calibrar nuestro grado de obediencia. De ahí que toda persona genuinamente interesada en potenciar al máximo su vida de fe deba cuidar de ellos debidamente. Así, cuanto más rápidos seamos, más alegres nos sintamos, y más sinceramente obedezcamos, mayor contentamiento tendrá Dios en nosotros – y más completa y satisfactoria será nuestra vida de fe.

La obediencia puede medirse según unos criterios básicos netamente distinguibles. En un extremo estaría la obediencia que actúa con desgana, sin alegría, y de forma parcial, próxima, pues, a una patente desobediencia. En el otro, en agudo contraste, estaría la obediencia que responde con prontitud, alegría, y voluntad de entrega. Y partiendo del núcleo central de ambos extremos, estaría un área intermedia con diferentes grados de intensidad y matiz. A la luz de la experiencia que tuve en Corea, la obediencia, por muy débil e incompleta que pueda ser, siempre será mejor que la franca desobediencia. Jesús mismo ilustró el hecho con la parábola de los dos hijos:

“Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña. Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue. Y acercándose al otro, le dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo: Sí, señor, voy. Y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Dijeron ellos: El primero” (Mateo 21:28-31)

En un capítulo anterior, señalaba a mi actitud equivocada en Corea con respecto al Reverendo Park. Mi visión de la mejor forma de difusión de la obra en ese país era acertada, pero el amargo resentimiento que me provocaba la abierta oposición de esa persona era injustificable. Dios no podía obrar para bien en esa situación por culpa de mi mala disposición. Afortunadamente, el paso del tiempo me deparó la oportunidad de servir y honrar a ese siervo de Dios en la forma debida. Una de esas formas consistió en no decir nada de las muchas medidas equivocadas que puso en práctica. Podría haberlo hecho con suma facilidad, pero, me abstuve. A la luz de lo que el Señor me había mostrado durante aquellos días de ayuno y meditación en plena montaña, dejé de juzgar su actuación y empecé a buscar la mejor manera de colaborar con él. Ahora me alegro infinitamente de haberlo hecho así, y lo único que lamento es no haber tomado esa decisión mucho antes. Cuando el Señor empezó a obrar en mí en aquellos días, tendría que haber reaccionado de forma inmediata. Me llevó, sin embargo, varios días el cambiar de actitud precisamente por no estar dispuesto más que a obedecer de forma parcial e incompleta. Ahora, en cambio, en base a todo lo que aprendí acerca de servir en vez de juzgar, puedo afirmar que siempre será mucho mejor obedecer parcialmente que desobedecer por completo. Aun cuando el tiempo haya podido pasar y nuestra reacción no sea ya espontánea, nunca será demasiado tarde para actuar con corrección. Siempre es buen momento para cambiar de actitud. Si el enemigo consigue hacernos creer que es ya demasiado tarde para empezar a obedecer, habrá logrado inmovilizarnos en base a algo que en realidad pertenece al pasado. Puede que haya oportunidades que, lamentablemente, desaprovechemos; y puede incluso que el paso de los años y el cambio en las circunstancias no permitan enderezar todo lo que hicimos torcido. Pero, aun así, mientras quede aliento de vida en nuestro cuerpo, siempre será buen momento para confesar nuestra falta y empezar a cambiar desde ese mismo momento. Todavía habrá tiempo de correr en buena posición la carrera de la fe.

Con todo, aun hay otro posible factor a tener en consideración. Aun en el caso de obedecer de forma instantánea, el quejarse de la situación impedirá que disfrutemos de alegría en el servicio. Al igual que Dios ama al dador alegre, ama también al “obedecedor” dispuesto: “Hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10:31); “Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (1 Tesalonicenses 5:18). La obediencia también tiene que afectar a la disposición de nuestro corazón. Eso es más difícil de controlar que la mera conducta externa. Dios desea incluso que estemos alegres. “Estad gozosos siempre” (1 Tesalonicenses 5:16). Así, si no tenemos alegría, ¡estamos siendo desobedientes! En consecuencia, aun cuando podamos estar llevando a cabo una tarea, no estaremos actuando en obediencia si no lo hacemos con la debida disposición. Al quedar anulado el factor de la queja, podremos disfrutar en toda su dimensión de la experiencia. Y al añadir el componente del gozo, el campo de las posibilidades será aun mayor. Sin duda alguna, estaremos avanzando un poco más en el camino de una realización personal más plena.

**UNA OBEDIENCIA INMEDIATA, GOZOSA Y COMPLETA**

Una obediencia inmediata y vital, llevada a efecto con corazón gozoso, como hecha ante el Señor, es lo que las Escrituras demandan de nosotros: “Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres” (Colosenses 3:23). Intenta pensar en algo que te resulte difícil. Para algunos, eso supondría tener que orar por aquellos de los que reciben un trato injusto. Y siempre resulta más fácil orar por ese hecho, que orar por esas personas. Pero Dios desea que pidamos bendición para ellos con todo nuestro corazón. En obediencia la Palabra de Dios, ¿podrías hacer el esfuerzo de rogar por aquellos que no hacen nada por comprenderte, y que no sólo se aprovechan de ti, sino que incluso te difaman? Intenta poner esto en práctica allí donde todo lo expuesto aquí más te recuerde tu propia situación.

Durante algunos de los años pasados en Corea, contamos con la ayuda periódica de personas que nos ayudaban con las faenas de la casa. En los Estados Unidos, donde los alimentos de primera necesidad están fácilmente disponibles, esto puede parecer un lujo innecesario. Pero en nuestra nueva situación, pronto descubrimos que las tareas domésticas nos quitaban un tiempo precioso de nuestro trabajo. Una de las personas que mejor nos sirvió fue una mujer a la que llamábamos familiarmente Ayamoni, que es nombre que recibe una tía en lengua coreana. Ella y Char se ocupaban conjuntamente de que todo marchara a la perfección en la casa, y lo cierto es que nuestra Ayamoni era una bendición muy especial, sobre todo cuando teníamos invitados. Tras preparar y servir la comida, Ayamoni esperaba atenta a que Char, con una simple mirada, o un sencillo gesto, le indicara qué más se esperaba de ella: traer el siguiente plato, rellenar agua el vaso de uno de los comensales, o hacer cualquier otra cosa necesaria para que todo el mundo se sintiera a gusto. Ayamoni, con su vigilante atención a los deseos de Char, ejemplificaba a la perfección el espíritu del Salmo 123:2: “...Como los ojos de la sierva miran a la mano de su señora, así nuestros ojos miran a Jehová nuestro Dios...” En más de una ocasión, hemos anhelado fervientemente ser nosotros así para el Señor. Cuando nos entregamos a Él de esa manera, se vuelve posible discernir y comprender la más mínima indicación Suya, tanto las obvias como las más sutiles, ya sea en virtud de Su Palabra, o por la Guía de Su Espíritu, o por nuestra propia conciencia, o por el requerimiento expreso de una autoridad temporal que Él haya puesto sobre nosotros. Si fallamos en el momento de reaccionar ante esos avisos, estaremos incurriendo en desobediencia. Pero si respondemos con prontitud y de buen grado, pondremos de manifiesto lo mejor de nosotros mismos.

## UN SEGUIMIENTO PROACTIVO

A todo gerente le complace ver que sus subordinados cumplen con sus instrucciones. Y más aún si están dispuestos a realizar trabajos extra. No hay jefe, además, que no espere ver cumplidas sus demandas. Pero eso no sería todo. Lo que más puede llegar a ser apreciado en el subalterno es esa voluntad activa que colabora espontáneamente en favor de un proyecto. Cumplir con lo asignado es lo obligado, cooperar en las mejoras es un privilegio. ¿Podríamos ser nosotros colaboradores de Dios en ese nivel? ¿Estaríamos dispuestos a ofrecer lo mejor de nosotros mismos en beneficio activo de un gran proyecto Divino? ¿Es posible, entonces, no sólo cumplir con lo que Dios espera de nosotros, sino

merecer una aprobación extra al superar la demanda inicial? ¿No es la obediencia potenciada por el sacrificio de un esfuerzo voluntario?

Sin embargo, lo cierto es que, en el caso de una obediencia que aspira a cumplir con lo que Dios demanda, resultaría difícil hacer algo mejor que sencillamente obedecer. Si nos empeñamos en hacer sacrificios, podría, quizás, ser aplicable lo que le dice Samuel a Saúl: “Mejor cosa es la obediencia que el sacrificio.” Ahora bien, ¿puede Dios complacerse en un servicio que no se detiene ante el sacrificio adicional? La Biblia tiene una respuesta afirmativa en ese caso. Y ello por formar parte de lo que Dios mismo espera de Sus Hijos si la ocasión lo requiere: un darse incondicionalmente en el cumplimiento del servicio. Lo que no es justificable, en cambio, es el ansia por lograr la alabanza de los que nos rodean, o el orgullo desmedido ante la labor realizada. El excederse en el cumplimiento de la obligación es algo meramente opcional – algo extraordinario – y no debería tener en su génesis el espíritu del orgullo o una dependencia servil del trabajo.

Ayamoni tenía los domingos libres. ¿Nos habría complacido a Char y a mí que apareciera ese día por casa dispuesta a limpiar y guisar? Evidentemente, no. Porque nuestro aprecio de su persona nos llevaba a desear lo mejor para ella. Queríamos que ella también pudiera disfrutar de un día de descanso en compañía de su familia, haciendo lo que más le apeteciera. Dios quiere lo mejor para nosotros, y es el primero en complacerse cuando eso es así. No parece que Dios espere de sus criaturas algo más que una voluntad obediente. Todo otro tipo de actuación da la impresión de estar motivado por intereses muy distintos al acatamiento de Su voluntad. Dios verdaderamente se complace en la genuina obediencia.

## LA OBEDIENCIA ES ALGO BUENO

Dios es un padre amoroso que quiere lo mejor para sus hijos. Y nos protege dictando leyes sobre todo aquello que nos pueda perjudicar. Pero, para beneficiarse de ese plan divino de protección, es necesario tomar una decisión personal. Si decidimos prescindir de su protección y bendición, Él no va a obligarnos en forma alguna – seremos libres para desobedecer. Pero lo cierto es que sus mandamientos, incluyendo los Diez principales, fueron promulgados para nuestro provecho, no tan sólo para que lo pasemos bien. Dios busca protegernos de nosotros mismos. Y cada una de sus prohibiciones viene a decirnos, “No hagas eso... porque te va a perjudicar”.

Detengámonos a analizar algunos de esos mandamientos con objeto de descubrir en qué manera nos benefician. El primero de ellos ilustra precisamente ese sentido. El tenerle a Él como único Dios supone reconocer que no hay otro bien mejor en la tierra. Él sabe realmente que no hay posible alternativa. Él es el que verdaderamente se va a ocupar siempre del bienestar de aquellos a los que ama. Por el simple hecho de conocerle, pasamos a disfrutar de un conocimiento, de una fuerza, de una ayuda y guía, de una comprensión y de una amistad que no tienen posible igual. ¡Lo mejor que Dios puede darnos es su propia persona! El conocerle es lo mejor que puede pasarnos. Y aquellas personas que hagan de complacerle su meta en la vida, disfrutarán del mejor bien posible

aquí, en este mundo, y por toda la eternidad. Esa es la auténtica razón de que se declare gratuitamente a nuestro favor. El mundo nos tentará con otros posibles placeres que tengan que ver con lo sensual y lo material; pero el corazón humano no podrá alcanzar verdadera satisfacción en ello. Nada igualará nunca a una genuina relación personal con Dios. Así es como ha de entenderse el propósito del primero de los diez grandes mandamientos.

Examinemos otro posible caso. Si tomamos el mandamiento “Acuérdate del día de reposo para santificarlo”, no hay razón para asumir que Dios nos quiera inactivos y ajenos a todo posible disfrute, sino que Él espera que distingamos ese día suyo como algo muy especial y distinto a cualquier otro día. Entendido así, la perspectiva varía por completo, y podríamos reformularlo de la siguiente manera: “Es bueno para ti disfrutar del Día del Señor manteniéndolo apartado del resto de la semana.”

Dios conoce nuestra fisiología. Él nos creó, y sabe bien cómo funcionamos y reaccionamos. Sabe que esa máquina que es nuestro cuerpo necesita descansar periódicamente. Conoce, asimismo, nuestro entramado psicológico, y está al tanto de nuestra necesidad de alivio de las responsabilidades cotidianas. Y, por no ignorar nuestro componente espiritual, sabe, también, que es imprescindible apartar un tiempo para nutrir nuestra alma. Él está siempre dispuesto a bendecirnos en el seno de todas nuestras actividades, en la oración, por medio de la enseñanza, en nuestra adoración, y allí donde tengamos descanso, solaz, y comunión fraterna. Todo eso nos beneficia grandemente. Por eso Dios ha señalado un día especial para realizarlo. Y si, por circunstancias personales, no podemos tener el domingo libre, habremos de buscar otro día de descanso. Si no cuidamos nuestro cuerpo, corremos el riesgo de caer enfermos; y si no nutrimos nuestro ser espiritual, acabaremos faltos de energía vital. Cuando se vive por debajo del privilegio de ser hijos de Dios, violando las normas que Él ha dispuesto con miras a preservar nuestra salud, nos abocamos a sufrir las consecuencias. Dios quiere evitar que eso pase. Hay suficiente tiempo contenido en el lapso de los seis días de la semana, para realizar todo cuanto sea imprescindible en los distintos apartados de nuestra vida, como para no poder dedicar el día instituido por Dios a un descanso integral. Si nos extralimitamos, la culpa será sólo nuestra. Dios sabe bien lo que mejor nos conviene; por eso tiene que haber un tiempo para descansar y disfrutar de Jesús. El negarlo supone tergiversar el carácter de Dios mismo, impidiendo que Él disfrute al ocuparse de nosotros.

¿Agradaríamos a Dios si nos dedicáramos a trabajar para Él los siete días de la semana – haciendo caso omiso de lo que Él dice en su Palabra? Ciertamente, nos adentramos en terreno muy peligroso cuando pensamos que podemos superar el simplemente obedecer, y que Dios se alegraría en ello. Dios encuentra agrado en que hagamos lo que Él nos pide. Y en nada le contentamos al pretender asumir por nuestra cuenta el control de nuestras actividades. Hay tres riesgos potenciales en ir más allá de que Dios nos ha marcado: el voluntarismo, el orgullo, y la dependencia en el obrar. El voluntarismo puede llevarnos a hacer aquello que veamos como “buenas obras”. Sin embargo, esas buenas obras nunca serán tales si, llevados de nuestro orgullo, pretendemos asumir el control relegando a Dios a un plano secundario. El orgullo pronto hace su aparición si aspiramos

a ganar el favor de Dios en base a nuestros esfuerzos. Al depender de las obras, dejaremos de depender de Dios, haciendo nula la misericordia de Su gracia. El resultado será un desviarse de aquello en lo que Él haya contentamiento, para dedicarnos a cebar nuestro propio ego. Hay mucho de equivocado en la vanagloria de un servicio a Dios por propios méritos. Los cristianos verdaderamente entregados y eficientes no aspiran a ser más que siervos obedientes pendientes de su Señor.

Dios quiere cosas buenas para nosotros, y así lo hayamos reflejado en ese maravilloso manual de instrucciones que supone la Biblia. Dios tiene mayor satisfacción en que cumplamos lo prescrito en Su libro que en posibles “sacrificios” extra que nosotros queramos hacer. Él desea que gocemos de comunión con Él en solaz y descanso, satisfechos con cumplir con sus disposiciones y mantener un orden establecido. Y estaremos, en cambio, acercándonos a un abismo peligroso si pretendemos llevar una vida de excesos espirituales e innecesario ascetismo. El complejo de “mártir” (algo muy distinto a ser un auténtico mártir) es algo a evitar por todos los medios. No hay razón alguna que justifique la pretensión de querer saber más que Dios mismo. La obediencia en sujeción a su Palabra es lo mejor que podemos ofrecerle a Dios – el único sacrificio que verdaderamente le agrada. El conocimiento humano se enriquece en base a la interacción – diciendo y haciendo más. Pero, en total contraste, no hay más que decir o hacer respecto a las instrucciones que Dios dejó establecidas de una vez y para siempre.

Si Dios fuera un ser egoísta que exigiese un cumplimiento de sus mandamientos en exclusiva para Él, el factor del egocentrismo psicológico podría llevarnos a buscar también nuestra propia satisfacción, negándole a Él lo que verdaderamente espera. Sin embargo, lo cierto es que, en lo que hace a esta cuestión, el rendirle gloria a Él es lo único que podrá satisfacernos. Siempre que me es posible, me gusta ir a esquiar con mis hijos. ¿Qué pasaría, entonces, si me abstudiese de hacerlo por pensar que el albergue estaba sacando unos beneficios a costa mía? Personalmente, disfruto al sentir el viento en el rostro, la excitación del reto, el riesgo de la carrera, la victoria sobre un terreno sinuoso, y el cansancio de unos músculos ejercitados al máximo de su potencia. ¡El esquiar es algo grande! Y lo hago para mi propio disfrute.

Me produce gran satisfacción saber que Dios es glorificado cada vez que yo obedezco su Palabra. Con todo, estoy convencido de que aun queriendo ser totalmente egoísta, lo más beneficioso y satisfactorio para mí es mostrarme obediente a Su Palabra, Su Espíritu, y lo que dicta una recta conciencia. De hecho, Su Palabra me protege de grandes riesgos, guiándome por caminos seguros que dan satisfacción de vida plena. Las instrucciones que encontramos en la Palabra son garantía de protección y uno de los modos en que nos bendice y nos muestra su favor. Llevado de su amor, Dios nos conduce a una vida de auténtica plenitud y satisfacción. Esa es la razón de que la obediencia tenga poder para beneficiarme, mientras que, en el polo opuesto, la desobediencia sea ocasión de daño.

## POSICIÓN Y COMPORTAMIENTO

Al ser salvos por la fe, nuestro puesto en Cristo (y en el cielo) está asegurado. Esa es una gran noticia. La mala noticia es que, por sentirnos seguros por nuestra salvación en fe, nos volvemos descuidados en nuestra conducta (la obediencia). La epístola de Santiago nos instruye acerca de la fe y las obras. La conclusión a la que llega es que si la fe es auténtica, nuestras obras tienen que evidenciarlo. Los dos componentes básicos de esa salvación realizada (la fe y las obras) podrían ser denominadas “creencia” en contraste con “comportamiento”, o “posición en Cristo” como complemento de la “obediencia a su voluntad.” Nuestra fe en Jesús asegura nuestra posición, pero sucede con frecuencia que fallamos a la hora de tomarnos debidamente en serio nuestra responsabilidad de obedecer y comportarnos de acuerdo con las Escrituras.

En este asunto, la cuestión principal no es saber adónde vamos a ir. Podemos asumir, de entrada, que, por la fe, vamos a ir al cielo. Ahora bien, llegados a este punto, lo más importante será saber quién, y qué, es uno en realidad. Como el cielo es un lugar, podemos vernos ya allí. Pero, aparte de situarnos, y mientras vamos de camino a nuestro destino final, asumamos también que somos una persona en quien Dios se agrada – obediente en todo lo que piensa, hace y dice. El creer primero nos lleva al cielo. El comportarse como es debido, obtiene una recompensa. Sin un comportamiento adecuado, se podrá llegar al cielo (por haber alcanzado el perdón), pero si no nos conducimos de forma correcta – mostrándonos obedientes – no podremos alcanzar esa otra meta de la realización personal. No seremos lo mejor de nosotros mismos ni aquí, ahora, ni allí, entonces.

Para saber si estamos obrando (en obediencia) correctamente, hagamos antes un pequeño recuento. Mi lector tiene libertad para sustituir mis preguntas por las suyas, según le dicten sus propios intereses. ¿Qué puede estar impidiendo que seas un testigo fiel, fuerte, decidido, y sabio, de la verdad de Dios en tu hogar, tu iglesia, tu comunidad, y tu entorno laboral? ¿Transmites alegría de vida? ¿Evidencias una actitud correcta? ¿Acostumbras a orar? ¿Practicas el hábito del ayuno? ¿Lees la Biblia con asiduidad? Y, por otra parte, ¿procuras controlar tu carácter? ¿Incurres en la ira? ¿Te dominan los celos? ¿Caes en el egoísmo? ¿Eres sincero? ¿Tienes en cuenta a los que te rodean? ¿Evitas caer en la lujuria? ¿Haces por controlar tu apetito? ¿Ejercitas tu cuerpo? ¿Te esfuerzas por aprender de las experiencias? ¿Procuras no quejarte? ¿Amas a Dios por encima de todo, anteponiendo sus mandamientos a cualquier otra posible cosa? ¿Te rindes a Él en pensamiento, palabra y obra? ¿Buscas en primer lugar Su Reino y Su Justicia? ¿Te esfuerzas por ganar al mundo para el Señor? ¿Procuras acomodar tu presentación de la Buena Nueva a la posibilidad de comprensión de la gente? ¿Te preocupan los más allegados a ti? En resumen, ¿crees que tu comportamiento está en conformidad con las Escrituras? Evidentemente, esta lista podría extenderse más, pero lo cierto es que, reflexiones generales aparte, por encima de todo ello estarán las cuestiones generales que tú dirimas a nivel personal con el Espíritu Santo.

En cada posible tema que nos ocupe, lo más importante será decidir si estamos comportándonos de manera que agrade a Dios y sea de beneficio para nosotros, o si, por el contrario, andamos desencaminados, en oposición a Dios y para perjuicio nuestro. A Dios le interesa todo lo que podamos hacer. Si actuamos en obediencia, los primeros

beneficiados seremos nosotros mismos. Ahora bien, ¿podría alguien más verse beneficiado con ello?

### ¿POR QUÉ HA DE SER LA OBEDIENCIA, Y NO LA FE, EL CRITERIO ÚLTIMO?

El hábito que aquí nos ocupa es la obediencia. Otro posible criterio para determinar quién va a ir al cielo sería determinar si la persona se ha vuelto a Cristo como el Único camino de acceso a la familia de Dios. Todos aquellos que lo hagan, pertenecerán a esa gran familia y estarán en el cielo por la eternidad. La salvación por la fe es el requisito indispensable para que así sea. Entonces, ¿por qué razón nos ocupamos aquí de la obediencia – y no de esa fe – como criterio definitivo en este asunto? ¿Por qué nos hemos detenido a analizar con tanto detalle esta cuestión de la obediencia, el comportamiento, y las obras si no son, en cambio, el criterio final para pertenecer a la familia de Dios? La razón es muy sencilla, la obediencia es el camino obligado para desarrollar al máximo el potencial de nuestras capacidades. Tan sólo obedeciendo lograremos ser personas auténticamente realizadas. Al obedecer alcanzamos la meta final de nuestra existencia. Y será también en la obediencia donde se haga realidad el sueño ideal que Dios tiene para cada una de sus criaturas.

Este libro no tiene una intención evangelística. No es, pues, mi intención explicar por qué soy cristiano, o dar razones convincentes por las que deban serlo también todos aquellos que me lean. Tampoco aspiro a convencer a nadie para que se una a la gozosa multitud de los que tienen el privilegio de estar en la presencia de Dios delante de Su trono. El ferviente deseo de mi corazón es, en cambio, que mi lector se encuentre entre esa multitud. Pero, aun así, no me ha movido a escribir el presente libro el querer demostrar que el cielo es el mejor sitio posible para pasar la eternidad, o el convencer del gran gozo que Dios experimenta al ver llegar allí a una de sus criaturas.

Mi auténtico propósito ha sido tratar de ayudar a mi lector a realizar al máximo sus capacidades, y que llegue a dar realmente lo mejor de sí mismo. Esa meta va, pues, mucho más allá de un mero tratar de convencer a nadie para que se una a las filas de los que irán al cielo. Lo que nos ocupa aquí es el privilegio de un proyecto vital único y personalizado. Mi ardiente deseo es que lleguemos a las puertas del cielo con algún fruto que poner a los pies de nuestro Maestro y Señor, sin remordimientos acerca del modo en que hayamos pasado nuestra existencia terrenal, listos para recibir vida abundante en nuestra morada eterna. Por eso aspiro a convencer a mis lectores de que se dejen llevar por la visión sin igual de lo que nos espera en la eternidad para que ello influya, aquí y ahora, en todo lo que pensemos, digamos y pongamos en práctica. Debería ser, pues, esa esperanza gloriosa la que alentara nuestros caminar en la tierra. Si verdaderamente fuera así, de cierto que no sólo mi lector estaría allí presente, sino que, en maravillosa consecuencia, otros muchos le estarían acompañando. Una vida personal llevada al máximo de su potencial repercutirá en cuantos tenga alrededor. Y en esa esfera de influencia personal será donde veamos un fruto para vida y salvación eterna. Al vivir al máximo de nuestros dones y capacidades, saldremos beneficiados tanto nosotros como nuestros amigos y allegados.

Lo importante entonces no será disponer de una fórmula memorística para presentar a Cristo. Lo verdaderamente crucial será dejar patentes a otros, en virtud de nuestra forma de vida y nuestro comportamiento, la gloriosa certeza de lo que nos espera y la realidad de lo que ya podemos vivir aquí. Así será como muchos quieran imitarnos para unirse a nosotros en ese camino hacia la eternidad. Lo más importante será, pues, lo que hagamos y practiquemos, no sólo lo que digamos y proclamemos.

Todos desearíamos tener una vida abundante al llegar al cielo; pero eso no sería todo. El hábito de obedecer con el corazón nos interesa aquí porque puede ser determinante a la hora de que otros puedan llegar también al cielo. Si sólo tuviéramos que ocuparnos de llegar nosotros mismos, hablaríamos tan sólo de la fe. Sin embargo, con el fin de que sean muchos más los que aspiren a alcanzar esa meta eterna, para gloria de Dios, la cuestión de la obediencia es el hecho fundamental. La obediencia personal del creyente ejerce una influencia sin igual en aquellos que viven a su alrededor. De ello depende nuestra reputación como cristianos y el buen nombre de nuestro Dios. Pero aún hay otra razón más para mostrarnos obedientes de corazón. Siempre habrá personas a nuestro alrededor que observen nuestro comportamiento para decidir si realmente merece la pena buscar a ese Dios que ven en nuestras vidas. Nuestra obediencia personal tiene el poder intrínseco de beneficiar grandemente a otros. En lógica contrapartida, nuestra posible desobediencia contendrá el germen de la negación de otros muchos.

Dios quiso arriesgarse a que optáramos por no seguirle a Él. Por eso nos hizo libres. Pero, además, quiso también correr el riesgo de que no obedeciéramos sus mandatos. Eso supondría no ejercer ninguna posible influencia beneficiosa en otros para que también pasen toda la eternidad con Él. Y si nos cuesta ya trabajo entender que Dios asumiera ese riesgo, más difícil de entender es todavía que se haya arriesgado a que otros muchos dependan de esa obediencia nuestra (manifiesta en una conducta atenta a las necesidades de los demás) como fieles hijos suyos. Y esa es la verdadera razón de que en nuestra obediencia radique el criterio definitivo para dictaminar cuál haya de ser nuestra recompensa. Evidentemente, el que el mundo sea salvo no va a depender de nosotros. Ese poder no nos pertenece. En cambio, sí que contamos con la fuerza y el poder necesarios para llevar una vida de plena realización que ejerza una bienhechora influencia a su alrededor. Al decidir ponernos del lado de Dios, y a Su entero servicio, ya habremos dado el primer paso, decisivo, para, en obediencia, llevar a otros muchos a Su gloriosa presencia.